

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

ISAAC ASIMOV

SALLY

Sally bajaba por la carretera que conducía al lago, de modo que le hice una seña con la mano y la llamé por su nombre. Siempre me ha gustado ver a Sally. Me gustan todos, entiendan, pero Sally es la más hermosa del lote. Indiscutiblemente.

Aceleró un poco cuando le hice la seña con la mano. Nada excesivo. Nunca perdía su dignidad. Tan sólo aceleraba lo suficiente como para indicarme que se alegraba de verme, nada más.

Me volví hacia el hombre que estaba de pie a mi lado.

—Es Sally —dije.

Me sonrió y asintió con la cabeza.

Lo había traído la señora Hester. Me había dicho:

—Se trata del señor Gellhorn, Jake. Recordarás que te envió una carta pidiéndote una cita.

Puro formulismo, realmente. Tengo un millón de cosas que hacer con la Granja, y una de las cosas en las que no puedo perder el tiempo es precisamente el correo. Por eso tengo a la señora Hester. Vive muy cerca, es buena atendiendo a todas las tonterías sin molestarme con ellas, y lo más importante de todo, le gustan Sally y todos los demás. Hay gente a la que no.

—Encantado de conocerle, señor Gellhorn —dije.

—Raymond J. Gellhorn —dijo, y me tendió la mano; se la estreché y se la devolví.

Era un tipo más bien corpulento, media cabeza más alto que yo y casi lo mismo de ancho. Tendría la mitad de mi edad, unos treinta y algo. Su pelo era negro, pegado a la cabeza, con la raya en el centro, y exhibía un fino bigotito muy bien recortado. Sus mandíbulas se engrosaban debajo de sus orejas y le daban un aspecto como si siempre estuviera mascullando... En vídeo daba el tipo ideal para representar el papel de villano, de modo que supuse que era un tipo agradable. Lo cual demuestra que el vídeo no siempre se equivoca.

—Soy Jacob Folkers —dije—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Sonrió. Era una sonrisa grande y amplia, llena de blancos dientes.

—Puede hablarme un poco de su Granja, si no le importa.

Oí a Sally llegar detrás de mí y tendí la mano. Ella se deslizó hasta establecer contacto, y sentí el duro y lustroso esmalte de su guardabarros cálido en mi palma.

—Un hermoso automóvil —dijo Gellhorn.

Es una forma de decirlo. Sally era un convertible del 2045 con un motor positrónico Hennis-Carleton y un chasis Armat. Poseía las líneas más suaves y elegantes que haya visto nunca en ningún modelo, sea el que sea. Durante cinco años ha sido mi favorita, y la he dotado de todo lo que he podido llegar a soñar. Durante todo ese tiempo, nunca ha habido ningún ser humano sentado tras su volante.

Ni una sola vez.

—Sally —dije, palmeándola suavemente—, te presento al señor Gellhorn.

El rumor de los cilindros de Sally ascendió ligeramente. Escuché con atención en busca de algún golpeteo. Últimamente había oído golpetear los motores de casi todos los coches, y cambiar de combustible no había servido de nada. El sonido de Sally era tan suave y uniforme como su pintura.

—¿Tiene nombres para todos sus vehículos? —preguntó Gellhorn.

Sonaba divertido, y a la señora Hester no le gusta la gente que parece burlarse de la Granja. Dijo secamente:

—Por supuesto. Los coches tienen auténticas personalidades, ¿no es así, Jake? Los sedanes son todos masculinos, y los convertibles femeninos.

Gellhorn seguía sonriendo.

—¿Y los mantienen ustedes en garajes separados, señora?

La señora Hester le lanzó una llameante mirada.

—Me pregunto si podría hablar con usted a solas, señor Folkers —dijo Gellhorn, volviéndose hacia mí.

—Eso depende —dije—. ¿Es usted periodista?

—No, señor. Soy agente de ventas. Cualquier conversación que sostengamos aquí no será publicada, se lo aseguro. Estoy interesado en una absoluta intimidad.

—Entonces sigamos un poco carretera abajo. Hay un banco que nos servirá.

Echamos a andar. La señora Hester se alejó. Sally se pegó a nuestros talones.

—¿Le importa que Sally venga con nosotros? —pregunté.

—En absoluto. Ella no puede repetir nada de lo que hablemos, ¿verdad? —Se echó a reír ante su propio chiste, tendió una mano y acarició la parrilla de Sally.

Sally embolsó su motor y Gellhorn retiró rápidamente la mano.

—No está acostumbrada a los desconocidos —expliqué.

Nos sentamos en el banco debajo del enorme roble, desde donde podíamos ver a través del pequeño lago la carretera privada. Era el momento más caluroso del día, y un buen número de coches habían salido, al menos una treintena de ellos. Incluso a aquella distancia podía ver que Jeremiah se estaba dedicando a su juego favorito de situarse detrás de un modelo algo más antiguo, luego acelerar bruscamente y adelantarlos con gran ruido, para recuperar luego su velocidad normal con un deliberado chirrido de frenos. Dos semanas antes había conseguido sacar al viejo Angus de la carretera con este truco, y había tenido que castigarlo desconectando su motor durante dos días.

Lo cual me temo que no sirvió nada, puesto que al parecer su caso es irremediable. Jeremiah es un modelo deportivo, y los de su clase tienen la sangre caliente.

—Bien, señor Gellhorn —dije—. ¿Puede decirme para qué desea usted la información?

Pero él estaba simplemente mirando a su alrededor. Dijo:

—Éste es un lugar sorprendente, señor Folkers.

—Preferiría que me llamara Jake. Todo el mundo lo hace.

—De acuerdo, Jake. ¿Cuántos coches tiene usted aquí?

—Cincuenta y uno. Recogemos uno o dos cada año. Hubo un año que recogimos cinco. Todavía no hemos perdido ninguno. Todos funcionan perfectamente. Incluso tenemos un modelo Mat-O-Mont del 2015 en perfecto estado de marcha. Uno de los primeros

automáticos. Fue el primero que acogimos aquí. El buen viejo Matthew. Ahora se pasaba casi todo el tiempo en el garaje, pero era el abuelo de todos los coches con motor positrónico. Eran los días en los que tan sólo los veteranos de guerra ciegos, los parapléjicos y los jefes de estado conducían vehículos automáticos. Pero Samson Jarridge era mi jefe y era lo bastante rico como para permitirse uno. Yo era su chofer por aquel entonces.

Aquel pensamiento me hizo sentirme viejo. Puedo recordar los tiempos en los que no había en el mundo ningún automóvil con cerebro suficiente como para encontrar su camino de vuelta a casa. Yo conducía máquinas inertes que necesitaban constantemente el contacto de unas manos humanas sobre sus controles. Máquinas que cada año mataban a centenares de miles de personas.

Los automatismos arreglaron eso. Un cerebro positrónico puede reaccionar mucho más rápido que uno humano, por supuesto, y a la gente le salía rentable mantener las manos fuera de los controles. Todo lo que tenías que hacer era entrar, teclear tu destino y dejar que el coche te llevara.

Hoy en día damos esto por sentado, pero recuerdo cuando fueron dictadas las primeras leyes obligando a los viejos coches a mantenerse fuera de las carreteras principales y limitando éstas a los automáticos. Señor, vaya lío. Se alzaron voces hablando de comunismo y de fascismo, pero las carreteras principales se vaciaron y eso detuvo las muertes, y cada vez más gente empezó a utilizar con mayor facilidad la nueva ruta.

Por supuesto, los coches automáticos eran de diez a cien veces más caros que los de conducción manual, y no había mucha gente que pudiera permitirse un vehículo particular de esas características. La industria se especializó en la construcción de omnibuses automáticos. En cualquier momento podías llamar a una compañía y conseguir que uno de esos vehículos se detuviera ante tu puerta en cuestión de unos pocos minutos y te llevara al lugar donde deseabas ir. Normalmente tenías que ir junto con otras personas que llevaban tu mismo camino, pero ¿qué había de malo en ello?

Samson Harridge tenía su coche privado, sin embargo, y yo fui el encargado de ir a buscarlo apenas llegó. El coche no se llamaba Matthew por aquel entonces, ni yo sabía que un día iba a convertirse en el decano de la Granja. Solamente sabía que iba a hacerse cargo de mi trabajo, y lo odié por ello.

—¿Ya no me necesitará usted más, señor Harridge? —pregunté.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Jake? —dijo él—. Supongo que no creerás que voy a confiar en un artefacto como ése. Tú seguirás a los controles.

—Pero él trabaja solo, señor Harridge —dije—. Rastrea la carretera, reacciona de

acuerdo con los obstáculos, seres humanos, y otros coches, y recuerda los caminos por los que ha de pasar.

—Eso es lo que dicen. Eso es lo que dicen. De todos modos, tú vas a sentarte detrás del volante, por si acaso algo va mal.

Es curioso cómo a uno puede llegar a gustarle un coche. En un abrir y cerrar de ojos ya estaba llamándole Matthew, y me pasaba todo el tiempo puliendo su carrocería y comprobando su motor. Un cerebro positrónico está en mejores condiciones cuando mantiene constantemente el control de su chasis, lo cual significa que vale la pena tener el depósito del combustible siempre lleno de modo que el motor pueda funcionar al ralentí día y noche. Al cabo de poco, era capaz de decir por el sonido de su motor cómo se sentía Matthew.

A su manera, Harridge empezó a encariñarse también con Matthew. No tenía a nadie más a quien amar. Se había divorciado o había sobrevivido a tres esposas, y había sobrevivido a cinco hijos y tres nietos. De modo que cuando murió, no resultó sorprendente que convirtiera su propiedad en una Granja para Automóviles Retirados, dejándome a mí a cargo de todo, con Matthew como primer miembro de una distinguida estirpe.

Así se transformó mi vida. Nunca me casé. No puedes casarte y seguir atendiendo a los automatismos del modo en que debes hacerlo.

Los periódicos dijeron que se trataba de algo curioso, pero al cabo de un tiempo dejaron de hacer chistes sobre ello. Hay algunas cosas sobre las que no pueden hacerse chistes. Quizás ustedes no puedan permitirse nunca uno de esos automatismos y quizá nunca lo deseen tampoco, pero créanme, uno termina enamorándose de ellos. Trabajan duro y son afectuosos. Se necesita a un hombre sin corazón para tratarlos mal o permitir que otro los maltrate.

Las cosas fueron sucediéndose de tal modo que un hombre que tenía uno de esos automáticos durante un tiempo hacía los arreglos necesarios para que éste fuera a parar a la Granja, si no tenía ningún heredero en quien pudiera confiar para dejárselo con la seguridad de que iba a recibir un buen trato.

Le expliqué todo eso a Gellhorn.

—¡Cincuenta y un coches! —exclamó—. Eso representa un montón de dinero.

—Cincuenta mil como mínimo por automático, inversión original —dije—. Ahora valen mucho más. He hecho cosas por ellos.

—Debe de necesitarse un montón de dinero para mantener la Granja.

—Tiene usted razón. La Granja es una organización benéfica, lo cual nos libera de impuestos, y por supuesto cada nuevo automático trae normalmente consigo una donación paralela o un fondo de mantenimiento. De todos modos, los costos siguen aumentando. Tengo que mantener la propiedad en buen estado; hay que construir nuevo asfalto, y conservar el viejo; están la gasolina, el aceite, las reparaciones y los nuevos accesorios. Todo eso sube.

—Y usted le ha consagrado mucho tiempo.

—Cierto, señor Gellhorn. Treinta y tres años.

—No parece haberle sacado mucho provecho a todo ello.

—¿De veras? Me sorprende, señor Gellhorn. Tengo a Sally y a otros cincuenta. Mírela.

Estaba sonriendo. No podía evitarlo. Sally relucía tan limpia que casi hacía daño a los ojos. Algún insecto debía de haberse estrellado contra su parabrisas o se había posado alguna mota de polvo, ya que en aquellos momentos estaba atareada en su limpieza. Un pequeño tubo emergió y escupió un poco de Tergosol sobre el cristal. Se esparció rápidamente sobre la película de silicona y las escobillas de goma entraron instantáneamente en acción, barriendo todo el parabrisas y empujando el agua hacia el pequeño canalón que la conduciría, goteando, hasta el suelo. Ni una gotita de agua cayó sobre la resplandeciente capota color verde manzana. Escobillas y tubo de detergente retrocedieron hasta sus alvéolos y desaparecieron.

—Nunca vi a un automático hacer eso —dijo Gellhorn.

—Apuesto a que no —dije—. Yo mismo se lo he instalado a nuestros coches. Son limpios, ¿sabe? Siempre están repasando sus cristales. Les gusta. Incluso he dotado a Sally con rociadores de cera. Cada noche se abrillanta hasta que uno puede mirarse en cualquier parte de ella y afeitarse con su reflejo. Si puedo conseguir el dinero suficiente, dotaré con ese dispositivo a todas las chicas. Los convertibles son muy coquetos.

—Puedo decirle cómo conseguir ese dinero, si le interesa.

—Eso siempre me interesa. ¿Cómo?

—¿No le resulta evidente, Jake? Cualquiera de sus coches vale cincuenta mil como mínimo, dijo usted. Apostaría a que la mayoría de ellos supera las seis cifras.

—¿Y?

—¿Ha pensado alguna vez en vender algunos?

Negué con la cabeza.

—Imagino que usted no se da cuenta de ello, señor Gellhorn, pero no puedo vender ninguno. Pertenecen a la Granja, no a mí.

—El dinero iría a parar a la Granja.

—Los documentos de constitución de la Granja indican que los coches recibirán atención a perpetuidad. No pueden ser vendidos.

—¿Qué hay de los motores, entonces?

—No le comprendo.

Gellhorn cambió de postura, y su voz se hizo confidencial.

—Mire, Jake, déjeme explicarle la situación. Hay un gran mercado para automáticos particulares si tan sólo sus precios fueran asequibles. ¿Correcto?

—Eso no es ningún secreto.

—Y el noventa y cinco por ciento del coste corresponde al motor. ¿Correcto? Sé dónde podemos conseguir carrocerías. Sé también dónde podemos vender automáticos a buen precio..., veinte o treinta mil para los modelos más baratos, quizá cincuenta o sesenta para los mejores. Todo lo que necesito son los motores. ¿Ve usted la solución?

—No, señor Gellhorn.

La veía, pero deseaba que él la dijera.

—Está exactamente aquí. Tiene usted cincuenta y uno de ellos. Es usted un experto en mecánica automatóvil, Jake. Tiene que serlo. Puede quitar usted un motor y colocarlo en otro coche de modo que nadie se dé cuenta de la diferencia.

—Eso no sería ético precisamente.

—No causaría usted ningún daño a los coches. Les estaría haciendo un favor. Utilice sus coches más viejos. Utilice ese antiguo Mat-O-Mont.

—Bueno, espere un momento, señor Gellhorn. Los motores y las carrocerías no constituyen dos cuerpos separados. Forman una sola unidad. Esos motores están acostumbrados a sus propias carrocerías. No se sentirían felices en otro coche.

—De acuerdo, eso es algo a tener en cuenta. Es algo a tener muy en cuenta, Jake. Sería algo así como tomar la mente de uno y meterla en el cráneo de otra persona. ¿Correcto? Supongo que no le gustaría, ¿verdad?

—No lo creo, no.

—Pero supongamos que yo tomo su mente y la coloco en el cuerpo de un joven atleta. ¿Qué opinaría de eso, Jake? Usted ya no es joven. Si tuviera la oportunidad, ¿no disfrutaría teniendo de nuevo veinte años? Eso es lo que estoy ofreciéndoles a algunos de sus motores positrónicos. Serán instalados en nuevas carrocerías del cincuenta y siete. Las más recientes...

Me eché a reír.

—Eso no tiene mucho sentido, señor Gellhorn. Algunos de nuestros coches puede que sean viejos, pero están bien conservados. Nadie los conduce. Dejamos que hagan lo que quieran. Están retirados, señor Gellhorn. Yo no desearía un cuerpo de veinte años si eso significara que iba a tener que pasarme el resto de mi vida cavando zanjas sin tener nunca lo suficiente para comer... ¿Qué piensas tú de eso, Sally?

Las dos puertas de Sally se abrieron y se cerraron con un chasquido amortiguado.

—¿Qué significa eso? —preguntó Gellhorn.

—Es la forma que tiene Sally de echarse a reír.

Gellhorn forzó una sonrisa. Supongo que pensó que estaba haciendo un chiste fácil. Dijo:

—Hablemos seriamente, Jake. Los coches están hechos para ser conducidos. Probablemente no serán felices si nadie los conduce.

—Sally no ha sido conducida desde hace cinco años —dije yo—. A mí me parece feliz.

—Permítame dudarlo.

Se puso en pie y caminó lentamente hacia Sally.

—Hola, Sally. ¿Qué te parecería una carrera?

El motor de Sally aumentó sus revoluciones. Retrocedió.

—No la incordie, señor Gellhorn —dije—. Puede ponerse un poco nerviosa.

Dos sedanes estaban a un centenar de metros carretera arriba. Se habían detenido. Quizá, a su manera, estaban observando. No me preocupaba por ellos. Mis ojos estaban clavados en Sally.

—Tranquila, Sally —dijo Gellhorn. Adelantó una mano y pulsó la manija de la puerta. Que no se abrió, por supuesto—. Se abrió hace un minuto —dijo.

—Cerradura automática —dije yo—. ¿Sabe?, Sally tiene un sentido de la intimidad muy desarrollado.

Soltó la manija, luego dijo, lenta y deliberadamente:

—Un coche con ese sentido de la intimidad no debería pasearse con la capota bajada.

Retrocedió tres o cuatro pasos, luego, rápidamente, tan rápidamente que ni siquiera pude dar un paso para detenerle, corrió hacia delante y saltó dentro del coche. Cogió a Sally completamente por sorpresa, porque, apenas se sentó, cortó el contacto antes de que ella pudiera bloquearlo.

Por primera vez en cinco años, el motor de Sally estaba parado.

Creo que grité, pero Gellhorn había girado el mando a «Manual» y lo había fijado allí. Puso de nuevo en marcha el motor. Sally estaba viva de nuevo, pero ya no poseía libertad de acción.

Se dirigió carretera arriba. Los sedanes seguían todavía allí. Se dieron la vuelta y se apartaron, no muy rápidamente. Supongo que se sentían desconcertados.

Uno de ellos era Giuseppe, de la fábrica de Miran, y el otro era Stephen. Siempre estaban juntos. Los dos eran nuevos en la Granja, pero llevaban allí el tiempo suficiente como para saber que nuestros coches simplemente no llevaban conductores.

Gellhorn avanzó a toda marcha, y cuando los sedanes se dieron cuenta finalmente de que Sally no iba a disminuir su velocidad, de que no podía disminuir su velocidad, era demasiado tarde para cualquier otra cosa excepto una acción desesperada.

La efectuaron, saltando uno hacia cada lado, y Sally pasó a toda velocidad entre ellos como un rayo. Steve atravesó la verja que rodeaba el lago y consiguió detenerse en la blanda hierba a no más de quince centímetros del borde del agua. Giuseppe dio unos cuantos botes por la cuneta al otro lado y se detuvo con un sobresalto.

Había hecho que Steve volviera a la carretera, y estaba comprobando los daños que la verja podía haberle ocasionado, cuando volvió Gellhorn.

Abrió la portezuela de Sally y salió. Inclinandose hacia atrás, cortó el encendido por segunda vez.

—Ya está —dijo—. Creo que esto le habrá hecho mucho bien.

Dominé mi irritación.

—¿Por qué se lanzó por entre los sedanes? No había ninguna razón para ello.

—Esperaba que se apartarían.

—Eso es lo que hicieron. Uno de ellos atravesó la verja.

—Lo siento, Jake —dijo—. Pensé que se apartarían más rápido. Ya sabe cómo son las cosas. He estado en muchos autobuses, pero he entrado en un automático particular tan sólo dos o tres veces en mi vida, y ésta es la primera vez que conduzco uno. Eso se lo dice todo, Jake. El conducir uno me dominó, y eso que soy un tipo más bien impasible. Se lo aseguro, no tenemos que bajar más de un veinte por ciento del precio de tarifa para conseguir un buen mercado, y conseguiremos unos beneficios de un noventa por ciento.

—¿Qué partiríamos?

—Al cincuenta por ciento. Y yo corro todos los riesgos, recuérdelo.

—De acuerdo. Ya le he escuchado. Ahora escúcheme usted a mí. —Alcé la voz debido a que estaba demasiado irritado para seguir mostrándome educado—. Cuando usted cortó el motor de Sally, le dolió. ¿Le gustaría a usted que le hicieran perder el conocimiento de una patada? Eso es lo que le hizo usted a Sally, cuando cortó su motor.

—Vamos, Jake, está usted exagerando. Los automatobuses son desconectados cada noche.

—Seguro, y es por eso por lo que no quiero a ninguno de mis chicos y chicas en sus hermosas carrocerías del cincuenta y siete, donde no sé qué trato van a recibir. Los buses necesitan reparaciones importantes en sus circuitos positrónicos cada par de años. Al viejo Matthew no le han tocado sus circuitos desde hace veinte años. ¿Qué puede ofrecer usted en comparación a eso?

—Bueno, ahora está usted excitado. Supongamos que piensa en mi proposición cuando se haya calmado un poco, y nos mantenemos en contacto.

—Ya he pensado en todo lo que tenía que pensar. Si vuelvo a verle de nuevo, llamaré a la policía.

Su boca se hizo dura y fea.

—Espere un minuto, viejo —dijo.

—Espere un minuto, usted —repliqué—. Ésta es una propiedad privada, y le ordeno que salga de ella.

Se alzó de hombros.

—Está bien, entonces adiós.

—La señora Hester se ocupará de que abandone usted la propiedad —dije—. Procure que este adiós sea definitivo.

Pero no fue definitivo. Lo vi de nuevo dos días más tarde. Dos días y medio, mejor dicho, porque era cerca del mediodía cuando lo vi la primera vez, y era poco después de medianoche cuando lo vi de nuevo.

Me senté en la cama cuando encendió la luz, y parpadeé cegado antes de darme exactamente cuenta de lo que sucedía. Cuando pude ver, no necesité muchas explicaciones. De hecho, no necesité ninguna explicación en absoluto. Llevaba una pistola en su puño derecho, con el pequeño y horrible cañón de agujas apenas visible entre dos de sus dedos. Supe que todo lo que tenía que hacer el hombre era incrementar la presión de su mano para dejarme como un colador.

—Vístase, Jake —ordenó.

No me moví. Simplemente lo miré.

—Mire, Jake, conozco la situación —dijo—. Le visité hace dos días, recuérdelo. No tiene guardias en este lugar, ni verjas electrificadas, ni sistemas de alarma. Nada.

—No los necesito —dije—. De modo que no hay nada que le impida marcharse, señor Gellhorn. Yo, si fuera usted, lo haría. Este lugar puede convertirse en algo muy peligroso.

Dejó escapar una risita.

—Lo es, para alguien en el lado malo de una pistola de puño.

—La he visto —dije—. Sé que tiene una.

—Entonces muévase. Mis hombres están aguardando.

—No, señor Gellhorn. No hasta que me diga qué es lo que desea, y probablemente tampoco entonces.

—Le hice una proposición anteayer.

—La respuesta sigue siendo no.

—Ahora tengo algo que añadir a la proposición. He venido aquí con algunos hombres y un automatobús. Tiene usted la posibilidad de venir conmigo y desconectar veinticinco de los motores positrónicos. No me importa cuáles veinticinco elija. Los cargaremos en el bus y nos los llevaremos. Una vez hayamos dispuesto de ellos, haré que reciba usted una parte equitativa del dinero.

Dije:

—Supongo que tengo su palabra al respecto.

No actuó como si pensara que yo estaba siendo sarcástico.

—La tiene.

—No —repetí.

—Si insiste usted en seguir diciendo no, lo haremos a nuestra manera. Yo mismo desconectaré los motores, sólo que desconectaré los cincuenta y uno. Todos ellos.

—No es fácil desconectar motores positrónicos, señor Gellhorn. ¿Es usted un experto en robótica? Aunque lo sea, sepa que esos motores han sido modificados por mí.

—Sé eso, Jake. Y para ser sincero, no soy un experto. Puede que estropee algunos motores intentando sacarlos. Es por eso por lo que tendré que trabajar sobre todos los cincuenta y uno si usted no coopera. Entienda, puede que me quede sólo con veinticinco una vez haya terminado. Los primeros que saque probablemente serán los que más sufran. Hasta que le coja la mano, ¿entiende? Y si tengo que hacerlo por mí mismo, creo que voy a poner a Sally como la primera de la lista.

—No puedo creer que esté hablando usted en serio, señor Gellhorn.

—Completamente en serio, Jake —dijo. Permitted que sus palabras fueran rezumando en mi interior—. Si desea ayudar, puede quedarse con Sally. De otro modo, lo más probable es que ella resulte seriamente dañada. Lo siento.

—Iré con usted —dije—, pero voy a hacerle otra advertencia. Va a verse metido en serios problemas, señor Gellhorn.

Consideró aquello como muy divertido. Estaba riendo muy suavemente mientras bajábamos juntos la escalera.

Había un automatobús aguardando fuera, en el sendero que conducía a los apartamentos del garaje. Las sombras de tres hombres se alzaban a su lado, y los haces de sus linternas se encendieron cuando nos acercamos.

—Tengo al tipo —dijo Gellhorn en voz baja—. Vamos. Subid el camión hasta arriba y empecemos.

Uno de los otros se metió en la cabina del vehículo, y tecleó las instrucciones adecuadas en el panel de control. Avanzamos sendero arriba, con el bus siguiéndonos sumisamente.

—No podrá entrar en el garaje —dije—. La puerta no lo admitirá. No tenemos buses aquí. Sólo coches particulares.

—De acuerdo —dijo Gellhorn—. Llevadlo sobre la hierba y mantenedlo fuera de la vista.

Pude oír el zumbido de los coches cuando nos hallábamos aún a diez metros del garaje.

Normalmente se tranquilizaban cuando yo entraba en el garaje. Esta vez no lo hicieron. Creo que sabían que había desconocidos conmigo, y cuando los rostros de Gellhorn y los demás se hicieron visibles su ruido aumentó. Cada motor era un suave retumbar, y todos tosían irregularmente, hasta el punto de que todo el lugar vibraba.

Las luces se encendieron automáticamente cuando entramos. Gellhorn no parecía preocupado por el ruido de los coches, pero los tres hombres que iban con él parecieron sorprendidos e incómodos. Todos ellos tenían aspecto de malhechores a sueldo, un aspecto que no era el conjunto de unos rasgos físicos sino más bien una especie de cautela en la mirada y una intimidación en su rostro. Conocía el tipo, y no me sentía preocupado.

Uno de ellos dijo:

—Maldita sea, están quemando gasolina.

—Mis coches siempre lo hacen —respondí rígidamente.

—No esta noche —dijo Gellhorn—. Apáguelos.

—Eso no es tan fácil, señor Gellhorn —dije.

—¡Hágalo! —gritó.

Me quedé plantado allí. Tenía su pistola de puño apuntada directamente hacia mí. Dije:

—Ya le he explicado, señor Gellhorn, que mis coches han sido bien tratados desde que llegaron a la Granja. Están acostumbrados a ser tratados de esa forma, y se resienten ante cualquier otra actitud.

—Tiene usted un minuto —dijo—. Guarde sus conferencias para otra ocasión.

—Estoy intentando explicarle algo. Estoy intentando explicarle que mis coches comprenden lo que yo les digo. Un motor positrónico aprende a hacerlo, con tiempo y paciencia. Mis coches han aprendido. Sally comprendió sus proposiciones hace dos días. Recordará usted que se echó a reír cuando le pedí su opinión. Sabe también lo que usted le hizo a ella y a los dos sedanes a los que apartó de aquella forma. Y los demás saben qué hacer respecto a los intrusos en general.

—Mire, viejo chiflado...

—Todo lo que yo tengo que decir es... —Alcé mi voz—: ¡Cogedlos!

Uno de los hombres se puso pálido y chilló, pero su voz se vio completamente ahogada por el sonido de cincuenta y una bocinas resonando a la vez. Mantuvieron su intensidad de sonido, y dentro de las cuatro paredes del garaje los ecos se convirtieron en una loca llamada metálica. Dos coches avanzaron, sin apresurarse, pero sin error posible respecto a su blanco. Otros dos coches se colocaron en línea con los dos primeros. Todos los coches estaban agitando en sus compartimientos separados.

Los malhechores miraron a su alrededor, luego retrocedieron.

—¡No se coloquen contra las paredes! —grité.

Aparentemente, aquél había sido su primer pensamiento instintivo. Echaron a correr alocados hacia la puerta del garaje.

En la puerta, uno de los hombres de Gellhorn se volvió y sacó una pistola de puño. El proyectil aguja dejó tras de sí un delgado resplandor azul mientras avanzaba hacia el primer coche. El coche era Giuseppe.

Una delgada línea de pintura saltó de la capota de Giuseppe, y la mitad derecha de su parabrisas se cuarteó y se cubrió de líneas blancas, pero no llegó a romperse totalmente.

Los hombres estaban al otro lado de la puerta, corriendo, y los coches se lanzaron a la noche en grupos de a dos tras ellos, haciendo chirriar sus neumáticos sobre la grava y llamando con sus bocinas a la carga.

Sujeté con mi mano el codo de Gellhorn, pero no creo que pudiera moverse de todos modos. Sus labios estaban temblando.

—Por eso no necesito verjas electrificadas ni guardias —dije—. Mi propiedad se protege a sí misma.

Los ojos de Gellhorn iban fascinados de un lado a otro, siguiendo a los coches que zumbaban en parejas.

—¡Son asesinos!

—No sea estúpido. No van a matar a sus hombres.

—¡Son asesinos!

—Simplemente van a darles una lección. Mis coches han sido entrenados especialmente en persecuciones a través del campo para una ocasión como ésta; creo que para sus hombres eso va a ser algo mucho peor que una muerte rápida. ¿Ha sido perseguido usted alguna vez por un automatóvil?

Gellhorn no respondió.

Proseguí. No deseaba que él se perdiera nada de todo aquello.

—Serán como sombras que no van a ir más rápidas que sus hombres, persiguiéndoles por aquí, bloqueando su paso por allá, cegándoles, lanzándose contra ellos, esquivándoles en el último minuto con un chirrido de los frenos y un rugido del motor. Y seguirán con eso hasta que sus hombres caigan, sin aliento y medio muertos, resignados a que las ruedas pasen por encima de ellos y aplasten todos sus huesos. Los coches no van a hacer eso. Entonces se darán la vuelta. Puede apostar, sin embargo, a que sus hombres jamás volverán aquí en toda su vida. Ni por todo el dinero que usted o diez como usted puedan ofrecerles. Escuche...

Apreté más fuerte su codo. Tendió el oído.

—¿No oye resonar las portezuelas de los coches? —pregunté.

Era un ruido débil y distante, pero inconfundible.

—Están riéndose —dije—. Están disfrutando con esto.

Su rostro se contorsionó, rabioso. Alzó su mano. Seguía sujetando su pistola de puño.

—Yo de usted no lo haría —le advertí—. Un automatocoche sigue aún con nosotros.

No creo que se hubiera dado cuenta de la presencia de Sally hasta entonces. Había acudido tan silenciosamente. Aunque su guardabarros delantero derecho casi me rozaba, apenas oía su motor. Debía de haber estado conteniendo el aliento.

Gellhorn gritó.

—No va a tocarle, mientras yo esté con usted. Pero si me mata... Ya sabe, usted no le gusta nada a Sally.

Gellhorn volvió la pistola en dirección a Sally.

—Su motor es blindado —dije—, y antes de que pueda presionar su pistola una segunda vez, ella estará sobre usted.

—De acuerdo —exclamó, y bruscamente dobló mi brazo violentamente tras mi espalda y lo retorció de tal forma que a duras penas pude resistirlo. Me sujetó manteniéndome entre Sally y él, y su presión no se aflojó—. Retroceda conmigo y no intente soltarse, viejo chiflado, o le arrancaré el brazo de su articulación.

Tuve que moverme. Sally avanzó junto a nosotros, preocupada, insegura acerca de lo que debía hacer. Intenté decirle algo y no pude. Sólo podía encajar los dientes y gemir.

El automatobús de Gellhorn estaba todavía aguardando fuera del garaje. Me obligó a entrar en él. Gellhorn saltó detrás de mí y cerró las puertas.

—Muy bien —dijo—. Ahora hablemos juiciosamente.

Yo estaba frotándome el brazo, intentando devolverlo a la vida, mientras estudiaba automáticamente y sin ningún esfuerzo consciente el tablero de control del bus.

—Es un vehículo restaurado —observé.

—¿Ah, sí? —dijo, cáustico—. Es una muestra de mi trabajo. Recogí un chasis desechado, encontré un cerebro que podía utilizar, y me monté un bus particular.

¿Qué hay con ello?

Tiré del panel de reparaciones y lo eché a un lado.

—¿Qué demonios? —exclamó—. Apártese de ahí.

El filo de su mano descendió paralizadoramente sobre mi hombro izquierdo. Me debatí.

—No deseo hacerle ningún daño a este bus. ¿Qué clase de persona cree que soy? Solamente quería echarle una mirada a algunas de las conexiones del motor.

No necesité examinarlas detenidamente. Estaba hirviendo de furia cuando me volví hacia él.

—Es usted un maldito hijoputa —dije—. No tenía derecho a instalar usted mismo este motor. ¿Por qué no se buscó a un robotista?

—¿Cree que estoy loco? —preguntó.

—Aunque fuera un motor robado, no tenía usted derecho a tratarlo así. Yo jamás trataría a un hombre de la forma en que ha tratado usted a ese motor. ¡Soldadura, cinta y pinzas cocodrilo! ¡Es brutal!

—Funciona, ¿no?

—Por supuesto que funciona, pero tiene que ser un infierno para él. Usted puede vivir con dolores de cabeza crónicos y artritis aguda, pero no será algo que pueda llamarse vivir. Este vehículo está sufriendo.

—¡Cállese! —Por un momento miró a través de la ventanilla a Sally, que había avanzado hasta tan cerca del bus como había podido. Se aseguró de que portezuelas y ventanillas estaban cerradas—. Ahora vamos a salir de aquí, antes de que vuelvan los otros coches —dijo—. Y nos mantendremos alejados un cierto tiempo.

—¿Cree que eso va a servirle de mucho?

—Sus coches agotarán el combustible algún día, ¿no? Supongo que no los habrá transformado usted hasta el punto que puedan reabastecerse por sí mismos. Entonces volveremos y terminaremos el trabajo.

—Me buscarán —dije—. La señora Hester llamará a la policía.

Ya no se podía razonar con él. Se limitó a conectar el motor del bus. Se puso en

marcha bruscamente. Sally lo siguió.

Gellhorn lanzó una risita.

—¿Qué puede hacer mientras esté usted aquí conmigo?

Sally también parecía ser consciente de aquello. Aceleró, nos adelantó y desapareció. Gellhorn abrió la ventanilla contigua a él y escupió por la abertura.

El bus avanzaba traqueteante por la oscura carretera, con su motor rateando irregularmente. Gellhorn redujo el alumbrado periférico hasta que solamente la banda fosforescente verde en centro de la carretera, brillante a la luz de la luna, nos mantenía alejados de los árboles. No había virtualmente ningún tráfico. Dos coches nos cruzaron yendo en la otra dirección, y no había nadie en nuestro lado de la carretera, ni delante ni detrás.

Yo fui el primero en oír el golpetear de las portezuelas. Seco y cortante en medio del silencio, primero a la derecha, luego a la izquierda. Las manos de Gellhorn se estremecieron mientras tecleaba rápidamente, ordenando mayor velocidad. Un haz de luz brotó de entre un grupo de árboles y nos cegó. Otro haz nos ensartó desde atrás, al otro lado de una protección metálica en la otra parte de la carretera. En un cruce, a cuatrocientos metros al frente, hubo un fuerte chirriar cuando un coche se cruzó en nuestro camino.

—Sally fue a buscar a los demás —dije—. Creo que está usted rodeado.

—¿Y qué? ¿Qué es lo que pueden hacer?

Se inclinó sobre los controles y miró a través del parabrisas.

—Y usted no intente hacer nada, viejo chiflado —murmuró.

No podía. Me sentía agotado hasta la médula. Mi brazo izquierdo ardía. Los sonidos de motores se hicieron más fuertes y cercanos. Pude oír que los motores rateaban de una forma extrañamente curiosa; de pronto tuve la impresión de que mis coches estaban hablando entre sí.

Una cacofonía de bocinas brotó desde atrás. Me volví, y Gellhorn miró rápidamente por el retrovisor. Una docena de coches estaban siguiéndonos sobre los dos carriles.

Gellhorn lanzó una exclamación y una loca risotada.

—¡Pare! ¡Pare el vehículo! —grité.

Porque a menos de quinientos metros delante de nosotros, claramente visible a la luz de los faros de dos sedanes en la cuneta, estaba Sally, con su esbelta carrocería atravesada en medio de la carretera. Dos coches surgieron del arcén del otro lado a nuestra izquierda, manteniendo una perfecta sincronización con nuestra velocidad e impidiendo a Gellhorn salirse de su carril.

Pero él no tenía intención de salirse de su carril. Pulsó el botón de adelante a toda velocidad, y lo mantuvo fuertemente apretado.

—No va a engañarme con ese truco —dijo—. Este bus pesa cinco veces más que ella, viejo chalado, de modo que simplemente vamos a echarla fuera de la carretera como un gatito muerto.

Sabía que podía hacerlo. El bus estaba en manual, y el dedo de Gellhorn apretaba fuertemente el botón. Sabía que iba a hacerlo.

Bajé la ventanilla, y asomé la cabeza.

—¡Sally! —grité— ¡Sal del camino! ¡Sally!

Mi voz se ahogó en el agónico chirrido de unos tambores de freno espantosamente maltratados. Me sentí arrojado hacia delante, y oí a Gellhorn soltar el aliento en un jadeo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

Era una pregunta estúpida. Nos habíamos detenido. Eso era lo que había ocurrido. Sally y el bus estaban a metro y medio de distancia el uno del otro. Con cinco veces su peso lanzado contra ella, no se había movido ni un milímetro. Vaya valor.

Gellhorn zarandeó violentamente el interruptor de manual.

—Tiene que funcionar —murmuraba una y otra vez—. Tiene que funcionar.

—No de la forma en que conectó usted el motor, experto —dije—. Cualquiera de los circuitos puede pasar por encima de los demás.

Me miró con una desgarrante ira, y un gruñido brotó de lo más profundo de su garganta. Su pelo estaba pegado a su frente. Alzó el puño.

—Éste es el último consejo que va a ser capaz de dar, viejo chiflado.

Y supe que la pistola de agujas estaba a punto de ser disparada.

Apreté la espalda contra la portezuela del bus mientras observaba alzarse el puño, y entonces la portezuela se abrió y caí hacia atrás fuera del vehículo y golpeé el suelo con un sordo resonar. Oí la puerta cerrarse de nuevo con un chasquido.

Me puse de rodillas y alcé la vista a tiempo para ver a Gellhorn luchar futilmente contra la ventanilla que se estaba cerrando, luego apuntar rápidamente su pistola de puño hacia el cristal. Nunca llegó a disparar. El bus se puso en marcha con un tremendo rugir y Gellhorn se vio lanzado hacia atrás.

Sally ya no estaba bloqueando el camino, y observé las luces traseras del bus alejarse por la carretera hasta perderse de vista.

Me sentía agotado. Me senté allí, en medio de la carretera, y apoyé la cabeza sobre mis brazos cruzados, intentando recuperar el aliento.

Oí un coche detenerse suavemente a mi lado. Cuando alcé la vista, comprobé que era Sally. Lentamente —cariñosamente, me atrevería a decir—, su puerta delantera se abrió.

Nadie había conducido a Sally desde hacía cinco años —excepto Gellhorn, por supuesto—, y yo sabía lo valiosa que era para un coche esta libertad. Aprecié el gesto, pero dije:

—Gracias, Sally, tomaré uno de los coches más nuevos.

Me puse en pie y me di la vuelta, pero diestramente, casi haciendo una pirueta, ella se colocó de nuevo ante mí. No podía herir sus sentimientos. Subí. Su asiento delantero tenía el delicado y suave aroma de un automóvil que se mantiene siempre inmaculadamente limpio. Me dejé caer en él, agradecido, y con una suave, silenciosa y rápida eficiencia, mis chicos y chicas me condujeron a casa.

La señora Hester me trajo una copia de la comunicación radiofónica al día siguiente por la mañana, presa de gran excitación.

—Se trata del señor Gellhorn —dijo—. El hombre que vino a verle.

Temí su respuesta.

—¿Qué ocurre con él?

—Lo encontraron muerto —dijo—. Imagine. Simplemente muerto, tendido en una zanja.

—Puede que se tratara de algún desconocido —murmuré.

—Raymond J. Gellhorn —dijo secamente—. No puede haber dos, ¿verdad? La descripción concuerda también. ¡Señor, vaya forma de morir! Encontraron huellas de neumáticos en sus brazos y cuerpo. ¡Imagine! Me alegra que comprobaran que había sido un bus; de otro modo igual hubieran venido a fisgonear por aquí.

—¿Ocurrió cerca de aquí? —pregunté ansiosamente.

—No... Cerca de Cooksville. Pero Dios mío, léalo usted mismo ¿Qué le ha ocurrido a Giuseppe?

Di la bienvenida a aquella diversión. Giuseppe aguardaba pacientemente a que yo terminara el trabajo de reparación de su pintura. Su parabrisas ya había sido reemplazado.

Después de que ella se fuera, tomé la transcripción. No había ninguna duda al respecto. El doctor había informado que la víctima había corrido mucho y estaba en un estado de agotamiento total. Me pregunté durante cuántos kilómetros habría estado jugando con él el bus antes de la embestida final. La transcripción no mencionaba nada de eso, por supuesto.

Habían localizado al bus, y habían identificado las huellas de los neumáticos. La policía lo había retenido y estaba intentando averiguar quién era su propietario.

Había un editorial al respecto en la transcripción. Se trataba del primer accidente de tráfico con víctimas en el estado aquel año, y el editorial advertía seriamente en contra de conducir manualmente después del anochecer.

No había ninguna mención de los tres compinches de Gellhorn, y al menos me sentí agradecido por ello. Ninguno de nuestros coches se había visto seducido por el placer de la caza a muerte.

Aquello era todo. Dejé caer el papel. Gellhorn había sido un criminal. La forma en que había tratado al bus había sido brutal. No dudaba en absoluto de que merecía la muerte. Pero me sentía un poco intranquilo por la forma en que había ocurrido todo.

Ahora ha pasado un mes, y no puedo apartar nada de aquello de mi mente.

Mis coches hablan entre sí. Ya no tengo ninguna duda al respecto. Es como si hubieran adquirido confianza; como si ya no les importara seguir manteniendo el secreto. Sus motores tartajean y resuenan constantemente.

Y no sólo hablan entre ellos. Hablan con los coches y buses que vienen a la Granja por asuntos de negocios. ¿Durante cuánto tiempo llevan haciendo eso?

Y son comprendidos también. El bus de Gellhorn los comprendió, pese a que no llevaba allí más de una hora. Puedo cerrar los ojos y revivir aquella carrera, con nuestros coches flanqueando al bus por ambos lados, haciendo resonar sus motores hasta que él comprendió, se detuvo, me dejó salir, y se marchó con Gellhorn.

¿Le dijeron mis coches que matara a Gellhorn? ¿O fue idea suya?

¿Pueden los coches tener ese tipo de ideas? Los diseñadores de motores dicen que no. Pero ellos se refieren a condiciones normales. ¿Lo han previsto todo?

Hay coches que son maltratados, todos lo sabemos.

Algunos de ellos entran en la Granja y observan. Les cuentan cosas. Descubren que existen coches cuyos motores nunca son parados, que no son conducidos por nadie, cuyas necesidades son constantemente satisfechas.

Luego quizá salgan y se lo cuenten a otros. Tal vez la noticia se esté difundiendo rápidamente. Quizás estén empezando a pensar que la forma en que son tratados en la Granja es como deberían ser tratados en todo el mundo. No comprenden. Uno no puede esperar que comprendan acerca de legados y de los caprichos de los hombres ricos.

Hay millones de automatóviles en la Tierra, decenas de millones. Si se enraíza en ellos el pensamiento de que son esclavos, que deberían hacer algo al respecto... Si empiezan a pensar de la forma en que lo hizo el bus de Gellhorn.

Quizá nada de esto suceda en mi tiempo. Y luego, aunque ocurra, deberán conservar pese a todo a algunos de nosotros que cuidemos de ellos, ¿no creen? No pueden matarnos a todos.

O quizá sí. Es posible que no comprendan la necesidad de la existencia de alguien que cuide de ellos. Quizá no vayan a esperar.

Cada mañana me despierto, y pienso: Quizá hoy...

Ya no obtengo tanto placer de mis coches como antes. Últimamente, me doy cuenta de que empiezo incluso a rehuir a Sally.